

Crónica del viaje a Macedonia 2018

A modo de introducción

Viajar a Grecia supone casi siempre una aventura. No tanto porque vayan a producirse sucesos azarosos e impredecibles, sino porque la idiosincrasia del pequeño país proporcionará al viajero curiosas emociones y sentimientos encontrados. Tanto positiva como negativamente. Proust decía que viajar no es tanto conocer nuevas cosas como cambiar nuestra mirada. Si eso es así, durante y después de cada viaje nuestra manera de concebir el mundo sufrirá algún tipo de transformación. Esto, por otra parte, suele ocurrir cuando se camina con los ojos bien abiertos y con el ánimo dispuesto a dejarse sorprender y encantar.

La ventaja que tiene enfrentarse a plasmar en una crónica lo que ha sido este recorrido por Macedonia (y Tracia) estriba en que la SEEC proporciona un *dossier* muy completo y unos sabios acompañantes que informan al participante en la expedición de casi todo lo que necesita saber, ya antes de iniciar el camino. Los sabios acompañantes, además, añaden y complementan los datos cuando se les interroga al respecto. De este modo, todos vamos acumulando conocimientos, así que el cronista queda liberado de relatar minuciosamente lo que se hizo o visitó en cada momento. Creo yo. En consecuencia, conviene no incidir en lo que los viajeros ya conocen, ya vieron y fotografiaron, ya juzgaron y valoraron. Sentada esta premisa, se plantea una catarata de interrogantes: ¿qué queda por narrar?, ¿qué registro es oportuno adoptar?, ¿qué se puede aportar?, ¿se debe aportar algo?, ¿qué es mejor omitir?

Pues bien, mientras doy vueltas a estas cuestiones, me parece pertinente preguntarnos por qué decidimos viajar a Macedonia, y qué esperábamos encontrar o recibir en ella. Esto no es en absoluto original, pero puede ser un punto de partida aceptable. Se supone que ya hemos reflexionado sobre las razones que nos llevan a elegir un destino para nuestros pasos. Las sintetizo en dos: conocer el lugar que vamos a visitar, y/o visitar ese sitio donde ya estuvimos; donde fuimos felices, donde descubrimos paisajes, gentes y vestigios o ciudades enteras que nos marcaron y nos dejaron las ganas de volver; donde, acaso, nos enamoramos. Para profundizar, para redescubrir, para rebuscar un sentimiento que quedó en alguna esquina de nuestra memoria, en la foto que hicimos al fondo de un callejón. Para recuperar la mirada de entonces. Para cotejarla con la del presente. Para librarnos de algún remordimiento pertinaz. Y a la vuelta, conviene pensar que “Los viajes se completan interiormente, y los más atrevidos, no hace falta decirlo, se hacen sin moverse del sitio” (H. Miller, *El Coloso de Marusi*, Seix Barral, 1982, p.96).

Macedonia. Y Tracia. Lejanas en los mapas; tan desconocidas más allá de la Tesalónica y el monte Atos de los folletos turísticos. Un mes después de visitarlas, se agolpan los recuerdos y se disputan la preeminencia: la silueta del Olimpo envuelta en obstinadas nubes. La herencia romana. Los ajuares funerarios, tesoros de los museos. La recurrente vía Egnacia. Las aceitunas. El fantasmal teatro donde fue asesinado Filipo. Los mitos. Los iconos. Tesalónica extendida ante nuestros ojos una mañana. La Historia y las historias. Las tumbas de la realeza y de los soldados macedonios. Los gatos urbanos. Los ecos del Allende arrancados al papiro de Derveni. Los mosquitos. Edesa. Las sandías más ricas del mundo. *La caló*. Los yacimientos arqueológicos, como nervios de piedra de las ciudades que fueron. El sueño de Filipo. Aristóteles en modo pedagogo de un Alejandro adolescente, en Mieza. Los bosques donde se perdía Olimpiade para participar en ritos orgiásticos. El monte Atos, visto desde un barquito que lo contornea lentamente. Orfeo. Díón semienterrada entre la vegetación que todo lo invade. Pella surgiendo de la tierra. Los ríos caudalosos. El suave vino blanco. Kavala, con su *Castello* vigilando el horizonte y el *dolce farniente* de sus cafés. Las huellas de Pablo de Tarso en Veria y las de los judíos en tantos lugares. Los lagos. Alexandroupolis: la hora del aperitivo, al borde del mar, un domingo por la mañana. La Rotonda. El azul profundo del Egeo y las buganvillas derramándose sobre los muros encalados. Las armas de Alejandro. Los magníficos mosaicos. Filipos. El verdor de la vegetación exuberante. Abdera y sus curiosos habitantes. Los carteles que anunciaban representaciones teatrales de los trágicos y los cómicos inmortales. Los puertos, incitando a la navegación con el vaivén de los barcos. La imponente presencia de Samotracia. En suma: un itinerario salpicado de propuestas sugestivas. Unos

personajes que no dejan lugar a la indiferencia y cuyas huellas aparecen en forma de nombres, paisajes, historia, leyenda, arte y ruinas.

El viaje

El encuentro, día 4 de julio

Creo recordar que fue Lao Tsé quien dijo que “el más largo viaje empieza a nuestros pies”. Los viajeros, paso a paso nos fuimos encontrando en Madrid, en el aeropuerto. Saludos, abrazos, reencuentros con los conocidos y primeros acercamientos entre quienes compartiremos esta experiencia. En Atenas se unen los que faltaban para completar la expedición. La distribución de plazas en el avión permite empezar a poner caras y nombres a los nuevos vecinos de asientos; y esto se repite, en mi caso, en los dos trayectos aéreos.

Tesalónica, días 4 y 5

Tarde y con tiempo tormentoso llegamos a la capital macedonia. Para mí, todo va a ser nuevo, ya es nuevo. Por vez primera recorremos un buen tramo de la Vía Egnacia. Las calles están animadas, algunas presentan cicatrices de obras que se hundieron el suelo. Se nos señalan edificaciones como la Rotonda y el Arco de Galerio, atravesamos la Plaza de Aristóteles, entrevemos los restos del ágora/foro, unos baños turcos, alguna iglesia cristiana. Observamos la animación que reina en las calles que cruzamos. Y llegamos al hotel.

No disfrutaremos hasta el día siguiente del espectáculo que ofrece la ciudad. Desde lo alto, inmediatamente seduce: blanca, acostada sobre el azul del Egeo y rodeada de verdor. Asomados a los bastiones y miradores, distinguimos la Torre Blanca, el diseño urbano, las avenidas, la magnitud del puerto. Las fortificaciones que vamos recorriendo nos permiten apreciar las técnicas, los distintos materiales y los recursos arquitectónicos empleados por sus constructores. Entramos y salimos por la misma puerta para que nos quede bien claro cómo se defendía la ciudad en las alturas, cómo se intentaba proteger a sus habitantes, cómo se creó una acrópolis dentro de la acrópolis y otros detalles. Buscamos allá a lo lejos la cumbre del Olimpo. Se esconde entre nubes. Hacemos muchas fotos. Escuchamos muchas cosas. Los gatos empiezan a buscar la sombra.

El recorrido por la parte baja de Tesalónica nos lleva a la Rotonda. El aspecto macizo de su exterior, puro y modesto ladrillo, no deja presagiar la luz ni el frescor que invaden el recinto. Calma. Belleza de los mosaicos (1), proporciones perfectas (2).

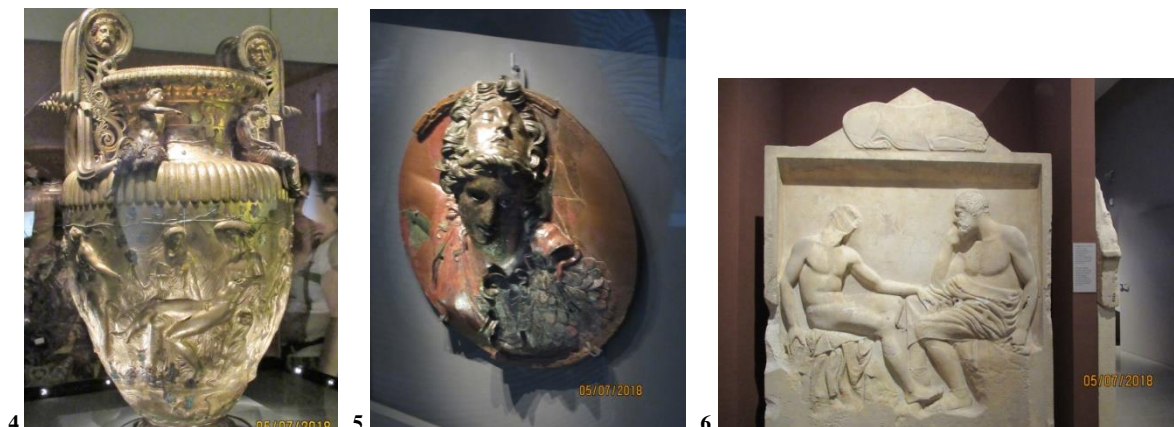


El Arco de Galerio quedó exhaustivamente explicado. Se me antoja un mazacote considerable. Muy romano, muy imperial. *Aere perennius*. Puede ser que *la caló* me tenga un tanto atolondrada y no dé más de mí para apreciarlo debidamente. Parece que es el punto de encuentro de la sociedad tesalonicense y observo que en torno al monumento abundan carteles de todo tipo, especialmente de índole festiva y política (3).

Un paseo a orillas del mar nos condujo hasta la estatua ecuestre de Alejandro, los escudos y las sarisas. Ahí están el joven rey y, a un lado del monumento, las armas de tantas batallas como libró y ganó. Y así llegamos a la hora del almuerzo, al aire libre. Sentados en una estrecha acera de una concurrida callecita, asistimos a la detención de un joven (y posiblemente inexperto) “chorizo”, que había sustraído un celular a un japonés.

Espectáculo curioso con su punto cruel. Vimos cómo se empleaba a fondo la policía local, mientras todo un surtido de cámaras y teléfonos immortalizaba la escena...

En el Museo Arqueológico acaso más de uno pudo entender, y hasta padecer, el síndrome de Stendhal. Me apunto. Las piezas procedentes de Vergina y en especial la Crátera de Derveni superaron todo lo que había podido imaginar. Dioniso y Ariadna, tras el sueño, en esa escena afectuosa, rodeados de silenos y bacantes, y la ménade danzante me retuvieron muchos minutos (4). Había tantas más cosas interesantes, qué duda cabe... (5 y 6) Añadiré, solamente, que ¡al fin pude ver el papiro de Derveni!



El Museo de la Cultura Bizantina y la contemplación de los vasos, frascos de vidrio, e iconos (7), entre otros objetos que allí se exponen, fue un delicioso paseo por la historia de Macedonia...

Excursus 1: Las convenciones del arte bizantino son las que son. Respecto a los iconos, en especial, diré que el aspecto progérico con que se representa con casi total unanimidad a Jesús Niño es una cosa que me desasosiega enormemente. Tampoco me siento mucho más tranquila frente a la mirada escrutadora y fija de cualquier Pantocrátor. Y la *Theotokos* no es que resulte muy favorecida en la imaginería... (7). Respetando los cánones, creo yo, los artistas podrían haber sido un poco más considerados y amables con las santas figuras. No es una crítica, líbreme el Altísimo. Es una modesta opinión.

En el Museo se expone, además, una curiosa y valiosa colección de fotos que recuerdan la estancia del ejército de Oriente en la zona, entre las cuales me costó elegir una. Acaso no es la más vistosa, pero rinde homenaje a una de las mujeres que se ocuparon del bienestar de las tropas, arriesgando su vida en ello (8).



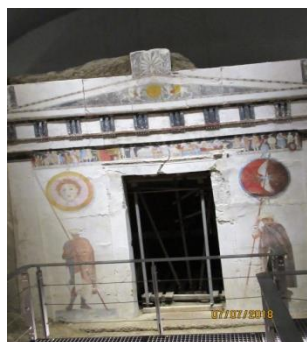
Las tumbas macedonias, días 6 y 7

Recuerdo las visitas de las tumbas macedonias como un vaivén de recorridos y emociones por ámbitos nunca imaginados. Por más que hubiera visto fotografías, por más que la visita al Museo Arqueológico de Tesalónica nos hubiera adelantado algo del esplendor que guardan todavía, y aunque la lectura del texto de L. Heuzey advertía de lo que significan: “En el interior... existe algo más que una mera selección de objetos antiguos. En estos túmulos yacen la vida y la historia de todo un pueblo en espera de ser descubiertos” (p. 42 del *dossier* del viaje)... Nada me había preparado para el impacto emocional que me produjeron. De entrada, el entorno en el que se encuentran transmite paz e invita al recogimiento. En el exterior reconocí el olor del romero, entre la

profusión y variedad de especies arbóreas y florales, pero mi desconocimiento de la botánica me impedía identificar todo lo demás. Por fortuna, dos de las viajeras se prestaron a instruirme, y me mostraban higueras, hibiscos, alteas, pinos... Estábamos en Egas/Vergina, pero era fácil imaginar a Perséfone y a Deméter recorriendo parajes parecidos, bromeando, eligiendo flores para trenzar coronas bajo el sol, “que todo lo ve”. La impresión que me invadió al entrar en las tumbas y contemplar esos frescos magníficos, de un colorido bellísimo, supera mi capacidad para expresarlo con palabras. No podría decir cuál me gustó más.



9



10

El acceso a todos los sepulcros me sobrecogió. Era acercarse a la oscuridad del reino de los muertos. De entre todas las pinturas conservadas, la que más me impactó fue la de la Tumba I, profanada, excavada por Andrónikos, que representa una escena mitológica: Hades se lleva a su casa, en su carro, a una aterrorizada Perséfone, que intenta zafarse de su destino.

... Mas se abrió la tierra de anchos caminos/ en Nisa, en el llano y de ella emergió el Soberano que a muchos acoge, con yeguas inmortales, el hijo de/ Crono el de muchos nombres. La raptó, mal de su grado, y en su áureo carro/ se la llevaba entre lamentos. Lanzó ella agudos gritos/, invocando a su padre, el Crónida, el más excelso y más noble/. Mas ninguno de los inmortales ni de los mortales hombres/ oyó su voz, ni los olivos de espléndidos frutos/. Sólo la hija de Perses, de inocente talante/, la oyó desde su antro: Hécate, de brillante diadema/, y también el Sol soberano... (“Himno a Deméter”, *Himnos homéricos*. Ed. Bilingüe de A. Bernabé. Abada, Madrid, 2017, vv.16-26).

El movimiento de todas las figuras evoca la rapidez con la que transcurre la narración del episodio mítico. Como continuación y contrapunto a la celeridad del rapto, el pintor plasmó la inmovilidad de una Deméter velada, ausente, con la mirada perdida, llena de dramatismo, que emociona de forma extraordinaria.

... Resonaron las cimas de los montes y los abismos del ponto/ por la voz inmortal. Y la oyó su augusta madre/. Agudo, a su corazón se asió un dolor. Y a ambos lados de sus cabellos/, de ambrosía perfumados, su tocado destrozaba con sus amadas manos/. Un sombrío velo se echó sobre los hombros... (*Ibid.* vv. 38-42)

Más adelante, en el museo, veríamos el ajuar funerario de lo que se supone fue la tumba de Filipo II. Mi deslumbramiento fue total. El síndrome de Stendhal volvía a planear sobre mi cordura. Teníamos también una completa información acerca de la tumba del monarca, así como de la conocida como “Tumba del Príncipe”. La escena de caza pintada en el friso de la primera y los tesoros procedentes de ambas, no dejan posibilidad a la indiferencia. Hay que admirarlos e intentar sobrevivir sin quedar muy tocado. La armadura y el escudo de Alejandro me retuvieron mucho tiempo. Lamentablemente, en detrimento de otras vitrinas. Pero es que la escena del escudo, con Aquiles enamorado de esa Pentesilea ya muerta, estremece. Quinto de Esmirna se recrea en el enfrentamiento a muerte entre ambos... Iba yo recordando: Pentesilea ha arrojado ya sus lanzas cuando Aquiles la hiere primero “sobre su seno derecho”, y ella, sangrando, suelta su hacha, porque

“la noche ensombreció sus ojos y hasta el diafragma penetraron los dolores. Pero aún así recobró el aliento y vio cómo su enemigo estaba ya a punto de tirarla de su veloz caballo: dudó entre desenvainar con la mano su gran espada y aguardar la acometida del rápido Aquiles, o saltar con ímpetu de su velocísimo caballo... en cuanto ella con presteza se movió, mucho se encolerizó el hijo de Peleo, y al punto la traspasó tanto a ella como el cuerpo de su caballo... así entonces a Pentesilea... de frente la ensartó con su ansiosa pica el Pelida. De inmediato se mezcló ella con el polvo y con la muerte, tras haber caído con decoro por tierra... Como un abeto tronchado por la

violencia del helador Bóreas, tal se desplomó de su veloz caballo Pentesilea: por muy admirable que ella fuera, se quebrantó su vigor... Exultante ante ella, mucho se ufanaba el hijo de Peleo: «Yaz ahora en el polvo como pasto de perros y aves, ¡desdichada! ¿Quién te engañó para que te enfrentaras a mí?... Tras hablar así, extrajo el hijo de Peleo su lanza de fresno del veloz caballo y de la terrible Pentesilea... De la cabeza le quitó su casco resplandeciente, semejante a los rayos del sol... incluso caída ella entre el polvo y la sangre, su rostro, bajo sus encantadoras cejas, se mostró hermoso, a pesar de estar muerta. Los argivos la rodearon y, cuando la vieron, se maravillaron... Pues yacía por tierra entre sus armas, como la indomable Ártemis, hija de Zeus, mientras duerme... La hizo entonces admirable, aun entre los muertos, la propia Cípride... para así causar aflicción incluso al hijo del irreprochable Peleo. Muchos desearon, cuando hubieran regresado a sus casas, poder acostarse en sus lechos con una esposa como ella. También Aquiles sentía sin cesar gran tormento en su corazón, por haberla matado y no habérsela llevado como su divina mujer a Ftía... ya que por su talla y su belleza resultaba ella intachable e igual a las inmortales... Muy afligido se hallaba el hijo de Peleo al contemplar en el polvo la encantadora gracia de la doncella; por ello desgarraban su corazón funestos sufrimientos...” (Q. de Esmirna *Posthoméricas*, I vv. 596-722. BCGredos, 2004. Trad. Mario Toledano Vargas).

La coraza de Alejandro, las vajillas, yelmos, armas, el retrato minúsculo donde se reconoce a Filippo; el lárnax con la estrella argéada, la diadema y los restos del vestido de púrpura (y oro) de una mujer, y de otra corona funeraria, trabajados todos ellos con diferentes motivos, dan idea de la importancia que tuvo este enterramiento y de lo que supone para la arqueología el haberlo hallado intacto

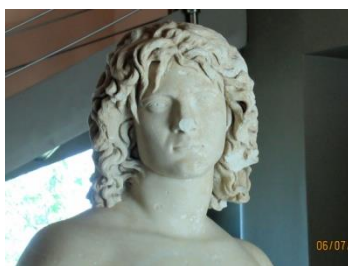
La tumba de S. Atanasio, fue otra sorpresa. Dos guerreros custodian la puerta de la cámara donde yacerían los restos de su compañero de armas. Parece que velan su sueño y que esperan su despertar. Ensimismados, trazan diagonales sus sarisas, bajo los respectivos escudos. Por encima de sus cabezas, con lujo de colores y hermosa composición, se representa un simposio en el que se reúnen miembros de distintos cuerpos del ejército macedonio, con sus indumentarias específicas.

En el museo de Pela se conservan, asimismo, los ajuares funerarios, de oro, de tumbas sin profanar, femeninas y masculinas. Y en Mieza tuvimos oportunidad de visitar la tumba del Juicio.

Excursus 2: La sensación de paz y de equilibrio de estos sepulcros, la elegancia con que se funden en ellos la evocación mitológica y/o la representación de la vida mundana en el Allende, crean una atmósfera que resta temor y genera sosiego. La muerte no asusta, ni suscita repudio. Se acepta. Se embellece. Acaso para soportar mejor lo que supone. “Nox est perpetua una dormienda”. Nada que ver con dos lugares relacionados con la Parca que me produjeron tremendo rechazo: el Oráculo de los Muertos en Éfira, y las catacumbas romanas. (Es otra opinión mía).

Y de vuelta a la luz, a esa luz de Grecia tan cegadora en el mediodía, en Veria nos esperaba otro estupendo almuerzo. A diferencia de lo sucedido en Tesalónica, no ocurrió nada desagradable en la abierta y calurosa terraza donde nos acomodamos. Observamos a una prudente distancia una celebración familiar en la que dos popes, quizá los anfitriones, llevaban la voz cantante. Todos parecían felices. Tres generaciones de griegos vestidos de fiesta comían opíparamente (pulpo, calamares, sardinillas...) mientras sus rostros se encendían y sus risas subían de tono.

Una caminata buscando la sombra bajo un sol ardiente y llegamos al Museo de Veria, donde nos recibieron el busto del dios fluvial Ógano (11) y una climatización muy de agradecer.



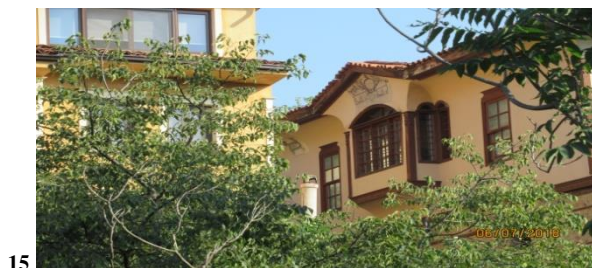
11

Entre vitrina y vitrina vamos recuperando fuerzas. En seguida tenemos ante nuestros ojos el monolito que contiene la inscripción de la ley gimnasiarca de la ciudad. Luego disfrutamos con distintas colecciones. Llamamos nuestra atención las que podemos denominar “Afroditas juguetonas” (12); también los adornos florales en oro, los vidrios, milagrosamente conservados (13); y las “Tanagras” (14).



12 13 y 14

Y luego, a dar una vuelta por Veria. El barrio judío (15) es pintoresco y desciende con delicadeza hasta un resonante río. Qué tortura nos esperaba. No es el ruido lo peor, ni mucho menos, sino la fauna pequeñita y volandera que nos asateó sin piedad ni contención con innumerables y feroces picaduras. De regreso a la parte alta de la ciudad, para consolarme un poco y tener las manos ocupadas, compré unas cerezas y reparé en un cartel que anunciaba una tragedia de Esquilo (16).



15



16

En seguida llegamos al *bema*, el lugar donde Pablo de Tarso predicó el evangelio a unos judíos proclives a escucharlo (17) y más educados que los tesalonicenses. Pues de Tesalónica huían Pablo y Silas, perseguidos por la envidia de quienes los acusaron de alborotadores ante los magistrados romanos (Hch. 17, 1-7). Una placa (Hch 17, 11, foto 18) recuerda que los judíos de Veria “Recibieron el mensaje con mucho interés; todos los días estudiaban las Escrituras”. Pablo aparece profusamente representado. Habida cuenta de cómo debía de ser físicamente, creo que la escultura es la que más se aproximaría a la enteca figura del apóstol (19).



17



18



19

Dión, día 7

El paseo por Dión fue un baño de historia y de Naturaleza. Tan próxima al Olimpo y tan llena de resonancias religiosas, la ciudad sagrada de los macedonios está semisumergida en una abundancia de agua extraordinaria. Junto a los habituales carteles informativos sobre la excavación abundan los paneles explicativos acerca de la flora y la avifauna que comparten espacio con las estatuas y los vestigios arquitectónicos y estatuarios. Estos se muestran entre muros o a ras de suelo, como recién emergidos después de una inundación.



20



21

La magnitud del recinto arqueológico es abrumadora y nuestro recorrido se acerca con frecuencia al agua, que corre, se remansa, forma arroyuelos o caudalosas corrientes, y amenaza con inundarlo todo. El agua, además, manifiesta su capacidad rampante en forma de yedras trepadoras que se abrazan a árboles altísimos. Como si quisieran acercarse a la morada de los dioses, tan próxima y tan celosa, que tampoco dejó ver su cima. En la mañana húmeda en que la visitamos, Dión olía a menta, a higueras y a otras plantas. Los pinos y los robles albergaban multitud de aves y al son de sus trinos fuimos paseando. Las murallas romanas encierran calles, estatuas y mosaicos (22 y 23). El trazado de las vías permite identificar tiendas, casas particulares, como la denominada “de Dioniso”, cuyos mosaicos veríamos posteriormente (24), y edificios públicos. Como era de esperar en un ámbito semejante, se erigieron templos a Zeus y a las Musas. También Hefesto, Deméter, Isis y Afrodita dispusieron de santuarios. No faltaron las termas, un teatro helenístico y otro romano; y un odeón. Las frecuentes inundaciones dificultan las tareas de los arqueólogos y conservadores. A la intemperie quedan muchos mosaicos, otros se guardan en el Museo, que visitamos por la tarde.



22



23

Mientras el ventarrón anunciaba la tormenta, en el museo admiramos los maravillosos mosaicos (24) y una colección escultórica notable. Un relieve funerario llama mi atención: representa a una madre con un niño pequeño. No conseguí identificar cuál de los dos es el difunto. Acaso ambos (25)... Se exhiben un invento de Ctesibio, un órgano hidráulico, cuyo sonido no consigo imaginar; y una selección de objetos procedentes de las excavaciones de un cementerio de Trivina (26).



24



25



26

Pela, día 8

Pela sustituyó a Egas como capital de Macedonia. Rodeada por una muralla, los vestigios de la ciudad que visitamos, de trazado hipodámico, constituyen un campo arqueológico imponente y extenso. Las calles estaban pavimentadas, la Vía Egnacia la atravesaba y el trazado de las manzanas estaba meticulosamente regulado. Las casas particulares, decoradas en muchos casos con mosaicos y con pinturas murales, testimonian la riqueza de sus habitantes. El ágora se ubicaba en el centro, y el palacio se edificó sobre una colina, en la zona norte, dominando el perímetro urbano. Quedan restos de templos dedicados a Posidón, Deméter y Afrodita, entre otros dioses. En tiempos de Filipo II, Pela fue un centro de poder y cultura que atrajo tanto a intelectuales como a artistas que han dejado prueba de su destreza en los seis mosaicos conservados en el Museo.

Edesa

“El paisaje griego es el más satisfactorio, el más maravilloso que pueda ofrecernos la tierra” (H. Miller, *ibid.* p. 99). El agua que tanto abunda en Macedonia me proporcionó otro de los momentos más emocionantes e inesperados del viaje. Tras la visita a Pela nos dirigimos a Edesa. Y después del almuerzo nos acercamos a las cataratas. El caudal, la fuerza, el ruido con la que discurre el agua a través de la ciudad, se convierten en una caída espectacular de unos setenta metros. Una sucesión de jardines en terrazas descendentes permiten acercarse, más o menos, al agua. Y en algún momento, la atracción del abismo se hace sentir.

El monte Atos, día 9



La travesía por las proximidades de una de las laderas del promontorio donde se eleva hasta casi lo invisible el monte Atos (hay nubes, lo que no facilita la visión) es tan bonita como frustrante. Porque es quedarte con la miel en los labios. Lo miras, pero no lo tocas. Las ganas de hacer una travesura, lanzarte al mar y poner el pie en uno, al menos, de los piadosos reductos, me dominan durante las horas de navegación. Entre parlamento y parlamento de la megafonía, fantaseo con la posible logística de la empresa: es ardua, aunque la velocidad de la nave es moderada; y porque observo unas lanchitas rojiblancas que costean en ambas direcciones a lo largo de la sagrada ribera. Será la policía, vigilante, no sea que una Úrsula Andress, cuchillo en mano, arribe a una playa, como una Afrodita tentadora. Sería fantástico. Que estuviera por allí Bond es lo de menos. Estas inofensivas elucubraciones me asaltan mientras permanezco acomodada en la amura de babor/estribor, según la dirección del trayecto; casi a solas todo el tiempo, cámara en mano; el cuaderno de notas sobre una mesa. Así escucho las explicaciones emitidas en distintas lenguas. Me deja atónita la magnitud de algunas obras que los píos padres tienen entre manos, las enormes grúas, la profusión de cúpulas y tejados verdes con que la ortodoxia rusa orna sus edificios... *Epidexis dynameos*, alarde de fuerza, que diríamos en román paladino. Y me entenece la visión de algunos monasterios pequeñitos, perdidos en lo alto. No consigo sentirme transida por la devoción religiosa. Puede que, allá en lo profundo de los cenobios, las cosas se perciban de distinta manera. Llegados felizmente a puerto, otro estupendo almuerzo nos esperaba en la Calcídica (30).



30

Estagira y Mieza.

La ciudad madre de Aristóteles nos recibió con un buen chubasco y suelo resbaladizo. En seguida lució otra vez el sol. Bien amurallada, no es mucho lo que puede verse de ella. Los restos de la Acrópolis cuentan con unas vistas privilegiadas sobre un entorno precioso. Mientras las disfrutábamos y explorábamos el entorno, mientras escuchábamos los detalles de la construcción y estructura de los muros, nos atacaron los mosquitos. Otra vez. Ferozmente, como siempre. Si está allí enterrado el filósofo, o no, no está suficientemente claro.

Pero antes de llegar a su fin, ese hombre que fue Aristóteles (*mutatis mutandis* un renacentista *avant la lettre*, en mi opinión) pasó un tiempo en Mieza. Filippo le encomendó la educación del joven Alejandro, que, según narra Plutarco, tenía un carácter poco flexible y no admitía que se lo llevase por la fuerza a lo decoroso y justo, aunque sí aceptaba ser conducido mediante la razón y el discurso (*Alex.* VII). No explica Plutarco el motivo de que esta formación no se llevara a cabo en Pela, sino en el Ninfeo de Mieza. Pero sí dice que, entre otras materias, fue Aristóteles quien principalmente inspiró a Alejandro su afición a la Medicina. Hoy en día, en Mieza se visita un espacio natural adaptado someramente a lo que imaginamos que sería una residencia juvenil de aquella época, ya que Alejandro no estaba solo con el maestro, sino acompañado por otros jóvenes macedonios. Miro a mi alrededor: por esos bosques montaba y cazaba Alejandro. En ese ambiente, Aristóteles quizá le imbuyó también cierto interés hacia la pintura. Recuerdo que más adelante, ya soberano, el joven se enfrentó a su imagen ecuestre pintada por un eximio artista:

.... Alejandro tuvo ocasión de ver su propio retrato pintado por Apeles en Éfeso, pero no elogió el cuadro como se merecía. En cambio, su caballo, que Alejandro había llevado ante el cuadro, relinchó al ver el caballo que había en aquella pintura como si éste fuera real. Y Apeles dijo: «Rey, mira, el caballo parece que entiende más de pintura que tú». (Claudio Eliano, *Historias curiosas*, II, 3. Gredos, 2006. Trad. J. M. Cortés Copete).

Me resulta difícil imaginar que en el entorno de Mieza se pudiera atender a mucho más que no fuera sentir el pulso de la Naturaleza, tan pujante, en una etapa tan especial como es la adolescencia. No obstante, Filippo debió de quedar satisfecho con los resultados del experimento, pues Aristóteles, siempre según Plutarco (*ibid.*) fue generosamente recompensado por Filippo, quien reconstruyó Estagira, que había asolado previamente, y restituyó a sus antiguos ciudadanos, fugitivos o esclavos.

Olinto y Kallithea, día 10

Lo que resta de Olinto es cómodo de visitar. Es extenso, pero no agotador. Y su trazado se abarca fácilmente con la vista. Recorre lo que queda de la Olinto que cayó en manos de las tropas macedonias de Filippo. Antes de ella, la ciudad más antigua fue incendiada por los persas. La que se levantó posteriormente siguió el modelo hipodámico. El sitio arqueológico muestra que Olinto estuvo bien organizada y que se fundó en un espacio frondoso (31) y fértil. En él desayunamos almendras y manzanas, cogidas de los árboles que sombrean parte de la excavación y que crecen por doquier. (Ahora me cuestiono si aquello no fue un expolio. Allí, insensata, ni lo pensé). Los restos de las construcciones particulares, procedentes de la ciudad nueva, revelan que la planificación urbanística era meticulosa, y permiten suponer cómo eran las viviendas en la época clásica en Grecia. Entre los muros, que apenas se alzan del suelo, quedan algunas rudimentarias bañeras (32), cisternas e incluso letrinas. Pero la existencia de canales de evacuación entre los domicilios, en los que desembocaban los desagües procedentes de las viviendas, demuestra que esta comodidad higiénica no estaba generalizada. El arranque de escaleras en los patios indica que quizá hubo edificios con una planta superior, posiblemente destinada a las mujeres (el gineceo). Extramuros se conservan mosaicos espléndidos en lo que debieron de ser villas habitadas por los vecinos pudientes de la ciudad. Esa zona también mantuvo el trazado hipodámico.



Desde Olinto nos dirigimos a Kallithea, donde visitamos unos restos arqueológicos próximos al mar, de cierta complejidad y reducida extensión (33). Algunos viajeros se remojaron en el Egeo. Los demás hicimos tiempo en un restaurante situado por encima de la playa. En la arena no cabía un alfiler entre las tumbonas y los parasoles. Gentes que hablaban distintas lenguas balcánicas, vestidas con ropas multicolores, ocupaban las mesas vecinas. El lugar hubiera sido perfecto con unos millares de personas menos. Un almuerzo estupendo, amenizado por bromas y conversaciones surrealistas: nos sirvieron boquerones, calamares y anémonas de mar. Todo bien frito. Muy mediterráneo. Y un vino blanco delicioso (34).



33



34

El día había sido muy completo. Pero aún tuvimos fuerzas para visitar el foro y tres iglesias bizantinas, en Tesalónica. Antes de cenar... Para abrir el apetito (35 y 36).



35



36

Anfípolis, día 11

La existencia de los tracios empieza a hacerse evidente en nuestro recorrido. Heródoto y Tucídides, en efecto, mencionan que Anfípolis se edificó en las proximidades de un asentamiento de aquel pueblo. Rodeada por el río Estrimón, en las cercanías del monte Pangeo, la relevancia de la ciudad como enclave estratégico y económico impuso la construcción de muros que la protegieran. Su importancia fue creciendo. La rendición de sus habitantes al general espartano Brásidas, durante la Guerra del Peloponeso, ocasionó el destierro de Tucídides; de allí salió Alejandro camino de Asia, para no regresar; Pompeyo buscó refugio en ella tras la derrota de Farsalia; Marco Antonio la utilizó como base de su flota antes de la batalla de Accio; y Pablo de Tarso en su segundo viaje pasó por allí, después de la estancia en Filipos, rumbo a Tesalónica (Hch 17, 1).



Las murallas de Anfípolis, cuentan con un número abundante de torres y puertas fortificadas; son fácilmente accesibles y permiten observar, desde algunos puntos, las peculiaridades del yacimiento, el curso del río Estrimón y el puente. La extensión del campo arqueológico comprende una necrópolis, la acrópolis, basílicas, el gimnasio (37) y restos de casas romanas y helenísticas.

Había visto tantas imágenes del león de Anfípolis, sin reparar en las medidas del monumento que algunas de éstas proporcionan, que me lo imaginaba algo, sólo algo, más grande que el natural. Tremenda sorpresa. La escultura exenta es puro poderío y grandeza. El verdadero Rey León en toda su majestad. Creo que nadie fue indiferente a su encanto, porque nos demoramos un buen rato en rodearlo, mirarlo y hacerle/nos fotos (38).



37



38



39



40

En el Museo pasamos un buen rato observando distintas colecciones de ofrendas funerarias, enseres domésticos, vidrios, mosaicos, frescos, coronas triunfales de oro y vasos cerámicos hermosamente decorados (39 y 40). Y proseguimos viaje avanzando hacia los confines de Macedonia, en el terreno liminar con Tracia.

Según el horario previsto llegamos a Kavala, en un mal momento para el hotel: están haciendo reformas, algo falla en la corriente eléctrica y están utilizando un grupo electrógeno que apenas mueve un ascensor. Son cosas que pasan en cualquier parte, no solo en Grecia, y nadie se impacienta. Unos tenemos mejor suerte que otros y todo funciona en nuestras habitaciones, pero en seguida salimos a la calle. Kavala, en esencia, es una ciudad que trepa sobre la bahía; resguardada por las montañas y enfrentada a la isla de Thasos. En lo alto, el *Castello* (41), bien conservado, ofrece una panorámica perfecta del entorno. El conjunto me resulta muy familiar, y no he estado nunca. Me recuerda a Alicante, con la playa y el puerto casi dentro de la urbe y con un horizonte montañoso. Y entre ambos planos, una serie de calles comerciales y peatonales en la parte baja, más o menos anchas, con agradables terrazas; y las empinadas que suben a la zona alta. Hacia allí nos dirigimos. Vemos el acueducto de época otomana, vestigios de las antiguas fortificaciones, edificios con mucho encanto (42) y el Imaret, antiguo centro de acogida y hoy parcialmente convertido en hotel. El Imaret tiene un aspecto muy agradable, de color entre rosado y ocre, con cúpulas que se extienden semejantes a olas de un mar casi en calma. Hoy día, todos los huéspedes son bien recibidos (43). Llegamos a la casa del pachá Mehmet Alí, sujeto deleznable, a tenor del relato la biográfico con que un compañero nos deleita e ilustra. La presencia del pachá se perpetúa en forma de estatua ecuestre, en una apacible plaza ajardinada (44) a la que se asoma la que fue su residencia. Muchos niños juegan en esa plaza. El sol inicia el camino hacia el ocaso.



41



42



43



44

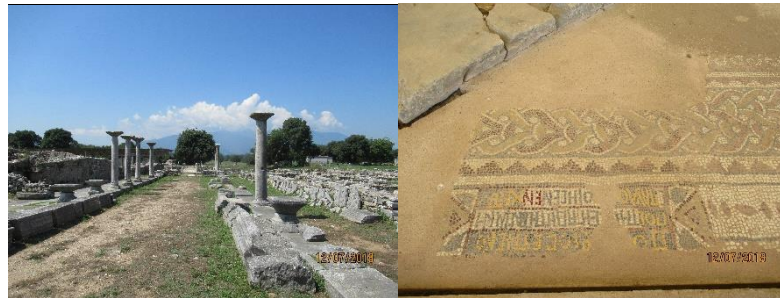
Filipos, día 12

Filipos asocia su nombre a la batalla entre Octavio y Marco Antonio, y a la presencia de Pablo de Tarso y Silas probablemente en el año 49. Predicó y logró varias conversiones (Hch 16,13-15). Pero se vio envuelto en un incidente al curar a una muchacha que, con sus profecías, lograba cuantiosas ganancias para sus amos. Estos denunciaron a los apóstoles ante los magistrados, quienes ordenaron que los azotaran y encarcelaran. Pablo dirá que esto les supuso “sufrimientos y ultrajes” (1Tes 2,2), pero él llevó en su corazón el agradecimiento a los filipenses, que no lo olvidaron y que siempre le ofrecieron su ayuda (Flp.1,3-5; y 4,15-18).

El recorrido parsimonioso de este yacimiento nos permitió verificar que, restos arqueológicos aparte, no sólo cuenta con la presencia de gatos, sino también de tranquilos galápagos. Todo ello, entre una gran variedad de plantas aromáticas y flores. Queda evidencia de la amplitud de sus calles (45). La vía Egnacia atraviesa la ciudad romana por el Foro y la divide en zona norte y zona sur. Desde el punto de vista del urbanismo está perfectamente distribuida. En el Foro, rodeado de pórticos, los edificios de la Administración, la tribuna, una fuente, la biblioteca pública y sendos templos consagrados a Antonino Pío y a Faustina. El mercado se ubicaba al sur del Foro, ocupado posteriormente por una basílica bizantina; asimismo, la ciudad contaba con una palestra (45), con un teatro, un anfiteatro y termas. En la acrópolis tenían su sede distintos recintos religiosos paganos. Entre los templos cristianos, la Basílica B y el Octógono son los más sobresalientes. En el suelo de este último resiste un mosaico que incorpora alguna inscripción (46) y bajo el suelo de este edificio se oculta una tumba macedónica.

45

46



Regresamos a mediodía a Kavala para visitar su museo (47). Por la tarde doy un paseo, descubro una mezquita casi en lo más alto (48), llego al *Castello* y contemplo la ciudad desde tan hermosa atalaya (49); emprendo el descenso hacia el hotel. Tomo un café. El Imaret luce con los colores del crepúsculo (50); y en una placita me encuentro una manifestación (51).



47



48



49



50



51

Abdera y Xanthi, día 13

Todo estudiante de Filología Clásica asocia el nombre de Abdera al atomismo, a Leucipo y, sobre todo a Demócrito. Los más dados a la literatura evocamos también a Anacreonte, inmigrante de Teos, en la cercana Jonia, “cantor de los banquetes y del vino, de un erotismo ligero e irónico y de la vida muelle y placentera” (F. R. Adrados, *Lírica Griega Arcaica*. BC Gredos).

53 (PMG 395)59 Canosas están mis sienes, blanca
mi cabeza; ha huido de mí la juventud graciosa, están
viejos mis dientes, y de la dulce vida me queda ya
poco tiempo. Por eso lloro muchas veces, temeroso del
Tártaro; pues es terrible el abismo de Hades y dolorosa
es la bajada hasta él: es bien cierto que el que
baja no sube.

85 (PMG 428) De nuevo amo y no amo, estoy loco
y no estoy loco.

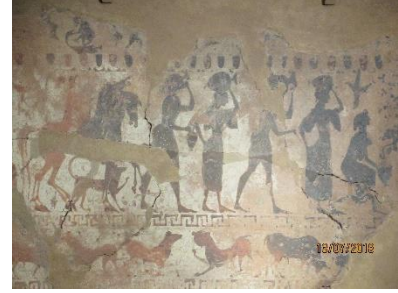
Excursus 3: Seguro que este último fragmento le “suena” a más de uno, y es capaz de completar de memoria lo que Horacio añadió.



52



53



54

La impresión que me dejaron las ruinas de la ciudad, extensas, verdeantes, con vastas áreas de tierras removidas, excavadas y vueltas a cubrir; con la proximidad de un mar que parece amenazante, como lo fue el río Nestos con sus crecidas y sus cambios de curso, fue de profunda melancolía. A pesar del sol brillante. Y el saber que la fama de que gozaban los abderitas en la antigüedad fue tan negativa, y que eran tipos pálidos e hipocondríacos no ayudó a mejorar mi estado de ánimo (52 y 53).

Una vez más, un Museo nos ofreció sombra y alivio térmico. Además de una buena colección de cerámica, algunos frescos (54) y relieves, expone con un criterio muy didáctico paneles explicativos acerca de la ciudad, de sus pobladores más conspicuos y de las diferentes actividades que se desarrollaron en ella.

Proseguimos camino y llegamos a Xanthi, una población cuya vida y animación contrastaban con la soledad que habíamos dejado en lo que fue Abdera. En seguida vemos que el estadio de fútbol lleva el nombre del ilustre filósofo (Demócrito, claro), y emprendemos una ligera ascensión por la calle dedicada a Orfeo (55). El amor nos sale al encuentro en forma de grafito (56). Hay muchas edificaciones que merecen atención y fotografías (57). Hay público en los bares y en las callecitas del barrio que recorremos. Y llegamos a la taberna Amaltea. Un lugar encantador, de decoración ecléctica y divertida (58 y 59) donde, como de costumbre, dejo mucho en el plato. Son raciones enormes y toca carne. Ya durante el almuerzo empieza la lluvia. Intentamos esquivarla tomando café en un pequeño local muy agradable. Arrecia. El tiempo se echa encima, tanto el cronológico como el meteorológico... y a la carrera, calados, llegamos al autobús. Tanto quejarnos de *la caló* y hay que encender la calefacción para que nuestras ropas y cuerpos se sequen...



55



56



57



58



59

Komotini/Alexandroupolis

Tras estas fatigas, ya con cielo despejado, nos aposentamos en un fastuoso hotel playero. Hay quienes se precipitan a la piscina o a la playa. Me tienta el gimnasio, pero al final decido acercarme al mar. Samotracia se deja ver. La naturaleza tiene ese colorido suave del crepúsculo que sigue a la tempestad, cuando el cielo se despeja y la bronca de los truenos y las nubes ha cesado. Después de la cena, la penumbra que reina en mi habitación invita al sueño. La noche, fuera, trae algunos ladridos y algunas llamadas de las aves nocturnas. Por aquí cerca nació Orfeo, hijo de la musa Calíope y del rey tracio Eagro. No tan lejos discurre el Ebro, cuya corriente llevó la cabeza y la lira del mítico cantor, hasta el Egeo; ambas flotaron sobre las olas y llegaron a Lesbos. Ese río que ahora arrastra a tantas personas a la muerte, cuando intentan llegar a Grecia atravesando su

cauce peligrosísimo... Me pongo los auriculares, escucho esa maravillosa aria de Glück, *Chè farò senza Euridice?*, y recuerdo los versos de Virgilio:

... Y ya Orfeo, volviendo sobre sus pasos, había escapado a los peligros todos y Euridice recobrada llegaba a la región de la luz siguiéndole detrás (pues Prosérpina había impuesto esta condición), cuando una locura repentina se apoderó del imprudente amante, perdonable en verdad, si los Manes supieran de perdón: se detuvo y a su Euridice, en los umbrales mismos de la luz, olvidado ¡ay! y en su corazón vencido, se volvió a mirarla. Al punto se desvanecieron todos los esfuerzos y quedaron quebrantados los pactos con el cruel tirano y por tres veces se dejó oír un sordo ruido sobre el lago del Averno. Y ella: ¿«Qué locura, dijo, a mí, desgraciada, y a ti, Orfeo, al mismo tiempo nos ha perdido? ¿Qué locura tan grande? He aquí que por segunda vez los hados crueles me llaman atrás y el sueño cubre mis flotantes ojos. Adiós ya; soy llevada envuelta en las sombras de la inmensa noche, hacia ti tendiendo, ¡ay! ya no tuya, mis impotentes manos. Dijo y rápidamente desapareció de su vista en dirección contraria, como el humo que impalpable en el aire se disipa, ni en adelante vio ya más a él, que en vano intentaba apresar las sombras y decirle muchas cosas; el portero del Orco no toleró más que él cruzase la laguna que se interpone. ¿Qué hacer?, ¿adónde se encaminaría, después de haberle sido arrebatada dos veces su esposa?, ¿con qué llanto a los Manes, con qué súplicas a otros dioses movería? Ella en tanto navegaba ya fría sobre la barca estigia...

...No hubo amor ni himeneo alguno que doblegasen el ánimo de Orfeo. Solo, recorría los hielos hiperbóreos y el nevado Tanais y los campos jamás viudos de las escarchas Rífeas, llorando la pérdida de su Euridice y el beneficio inútil de Plutón; desdeñadas las mujeres de los cícones por este honor, en medio de los sacrificios de los dioses y de orgías nocturnas en honor de Baco, dispersaron por la llanura extensa el cuerpo despedazado del joven. Y aun entonces mismo, cuando la cabeza arrancada del alabastrino cuello daba vueltas en medio de las ondas, arrastrada por el Hebro Eagrio “Euridice”, decía la misma voz, y la lengua fría, “Ah, desgraciada Euridice!” exclamaba al marcharse-la vida, y las riberas a lo largo de todo el río, “Euridice”, repetían. (Virgilio, “Geórgica IV, vv.485-508 y 517-527. *Bucólicas* Geórgicas. Apéndice virgiliano*. BC Gredos, 1990. Trads. Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruiz)

Y con estas evocaciones, poco a poco, llegan la calma absoluta y el sueño.

Samotracia, día 14



Cuando abandonábamos el yacimiento recordé a un hombre con el que me había cruzado al iniciar la visita. En el angosto camino que va introduciendo al viajero en el corazón misterioso de la isla (60), se hizo a un lado un individuo solitario para dejarnos avanzar. Al agradecerse fue cuando me fijé en él: un anciano de mirada gélida que se apoyaba en un bastón rudimentario; muy abrigado para la temperatura que había ya aquella mañana. Hasta aquel día, casi a la hora de partir, en ningún yacimiento de los visitados se me había ocurrido evocar al *genius loci* correspondiente. Me temo que la presencia de los romanos y la de Pablo de Tarso los habían ahuyentado. Tampoco lo hice en Samotracia. Y, sin embargo, al volverme a mirar por última vez las columnas blancas que vi al inicio de la visita, me pareció que, él y yo, dejábamos para siempre el recinto (61).

“En cierto sentido, Samotracia, que sigue siendo tan obstinadamente difícil para el desembarco a falta de un puerto, es la más misteriosa del grupo septentrional... Cómo llegar y cómo salir es la única preocupación del que viene a este lugar hosco y sin gracia...Nunca he deseado desembarcar, pero incluso desde el mar, Samotracia

parece pesada, indiferente ante los visitantes. Es tenebrosa, bárbara; no me gustó mi pizca; me imaginaba a los caníbales calentando las ollas y opté por quedarme a bordo... La palabra “refugio” es importante, pues debido a la maldita falta de puerto la isla permaneció siempre aislada y por tanto libre durante las largas luchas isleñas que diezmaron poblaciones enteras... Factores físicos y geográficos, además de los psicológicos, mantuvieron la isla en paz a través de los siglos. Pero la gente acudía en peregrinación a los altares de los dioses y se marchaba con amuletos de púrpura al cuello, señal de una iniciación satisfactoria al culto”. (L. Durrell. *Las islas griegas*, Eds. del Serbal, 1983, p. 193).

Menciona G. Durrell los “factores psicológicos”, que, sin duda, contribuyeron a hacerla tan famosa durante siglos. Acaso se fundamentaron en que cualquier culto misterico dispone allí del escenario perfecto. Sólo Eleusis competía en prestigio con los rituales samotracios, que anclaban su antigüedad en tiempos pregregios. Las iniciaciones en semejante paisaje, los amores juveniles de Filipo y Olimpiade, el cúmulo de información y de poder que generaban todos los santuarios de este tipo explican de sobra su fama. Quizá deseoso de evitar el contacto con ese acervo pagano, Pablo de Tarso no quiso detenerse: “Zarpamos, pues, de Tróade y fuimos derechos a Samotracia. Al día siguiente fuimos a Neápolis [Kavala], y de allí a Filipos” (Hch 16, 11).

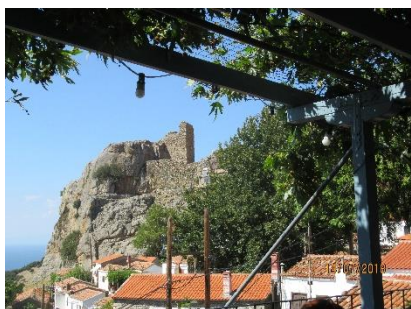


El impacto visual de la isla, ya desde el continente, impone (62). Tiene un atractivo indudable. Y a medida que te aproximas, van aumentando la curiosidad y el interés que suscita. Lo que atesora no defrauda. Contribuyó a su esplendor el ser declarada “isla sagrada” por Filipo II, primero, y *civitas libera*, siglos después por los romanos. Se echa en falta la presencia de la Victoria que recibe al visitante en el Louvre, allí donde estuvo situada. Pero es tanto lo que hay que explorar, lo que hay que escalar y descender para verlo todo, lo que se intuye y no vemos (esas presencias sugerentes que los relatos evocan), que no dura demasiado esa nostalgia. Nuestra actividad, a ritmo pausado, dura unas horas y no queda apenas nada por detallar y fotografiar. La topografía del yacimiento es complicada y los diferentes ámbitos a visitar requieren esfuerzo y aplicación. No es un itinerario cómodo, ni fácil. Requiere muchas y variadas explicaciones y una potente concentración para procesar la información que vamos recibiendo. Cada uno, a su manera, habrá atesorado lo que le haya parecido más significativo e interesante (63 y 64).



Reponemos fuerzas almorzando, en Chora, bajo la sombra de los árboles: se trata de uno de esos pueblos que se construyeron lejos del litoral, semiescondidos entre cimas y barrancos (65). Llegan a nuestros platos un cabrito delicioso (66), una ensalada, y un guiso de alcachofas sublime. Y después, algunos audaces aún tienen ganas de escalar hasta los restos de las fortificaciones, bajo ese sol y con esa luz del mediodía que invitan a la siesta más que al deporte. Camino al embarcadero me detengo a charlar, en una tienda, con un samotracio. Le compro unos cuadernos hechos a mano. Es un hombre afable y cortés, y le pregunto cuanto se me ocurre sobre la isla. Habla con cierta melancolía. Me asegura que, en agosto, son muchos los turistas que llegan y pasan unos días. Acerca del resto del año guarda silencio. Suspende su opinión. Me recomienda tomar un café un

poco más abajo y sigo su consejo. Allí, en una mínima terraza llena de plantas (67), una anciana me prepara la infusión. Apenas habla inglés. Más lamentablemente aún, yo apenas balbuceo cuatro cosas en griego...



65



66



67

Día 15, el regreso

Y llega el último día. Durante la mañana nos aproximamos a un yacimiento próximo a Ísmaro (68). El lugar es muy bonito. Las ruinas, entre acerolos y olivos de hojitas cimbreantes (porque, a ratos, sopla una suave brisa), permiten suponer lo que debió de ser una pequeña ciudad y cómo sus habitantes protegían las casas de la humedad (69). Estamos solos. A unos tres metros por debajo, nos atrae una playa. Hay que volver al hotel a recoger a quienes han preferido ahorrarse este delicioso paseo, una “propina” del guía.



68



69



70



71



72

En Alexandroupolis (70) pasamos poco tiempo. Es domingo y las terrazas de su agradable paseo marítimo nos van acogiendo a todos (71). Compartimos refrescos y charlas. Se anuncia una comedia de Aristófanes (72). Nos quedan muchas horas por delante, en Atenas. Los futboleros las dedicamos a ver la final de la Eurocopa, entre Francia y Croacia. Doy fe de que lo pasamos muy bien. (Yo iba con Croacia).

Y ya, cada uno en su casa, podrá aplicarse, o no, el soneto de J. du Bellay,

Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
Ou comme cestuy-là qui conquiert la toison,
Et puis est retourné, plein d'usage et raison,
Vivre entre ses parents le reste de son âge !...

Joachim Du Bellay

IES Ramiro de Maeztu, Madrid

Elisa A. Nieto Alba